Como hemos visto, entre los transportados había pocos *anavim*, pero la desgracia pudo hacer pietistas a muchos que antes no lo eran. Además, las familias piadosas debieron de multiplicarse en la segunda generación. Sin embargo, el número de los tibios era el más considerable. Muchos judíos se dedicaban descaradamente a los cultos idolátricos del país, y habían olvidado a Jehová casi completamente.

Lo que más obstaculizaba los deseos de los entusiastas, era que muchos israelitas se habían acostumbrado al destierro, porque les iba muy bien en Babilonia. Gracias a su destreza práctica habían sabido hallar, en una ciudad de lujo y placeres, mil medios de hacer fortuna. Poco sensibles a los recuerdos religiosos de Sion, no tenían ganas de dejar un país que conservaría bastante tiempo su importancia, por un pedazo de terreno condenado a eterna pobreza, al hallarse oprimido entre el mar y el desierto. Parece que en cierto momento surgió la idea singular de construir en Babilonia un templo de Jehová. La indignación de los jehovahístas celosos no pudo reprimirse. Se resolvió que en tal templo (si se edificaba) el sacrificio del animal más puro equivaldría al de un cerdo, y que los actos de culto legítimo serían tan abominables como un acto de idolatría o un sacrificio humano.

En ocasiones son los fanáticos, y no los espíritus delicados, los que ven más claramente las soluciones que exige el porvenir. Es posible que en el partido opuesto al regreso hubiera más juicio y razón que en la opinión de los pietistas. El gran argumento de los partidarios del regreso, era que desde la cesación de los milagros el cumplimiento de las profecías era el gran *signo*. Pero este argumento dejaba mucho que desear. Los profetas resultaban muchas veces insoportables por su seguridad y por las sutilezas que utilizaban para que no los desmintieran los hechos.

La mayoría de espíritus ilustrados reaccionaban contra el sentir mezquino de Jeremías y de los profetas atrabiliarios que sólo habían sabido predecir desgracias, muchas de las cuales no se habían realizado. El Jehová de la escuela antigua parecía duro, fatalista, obstinado. Se deseaba otro Jehová que revocase sus predicciones por respeto a la libertad de los hombres. Se aludió al problema que tendrían aquellos profetas huraños el día en que a los hombres se les ocurriera convertirse y quisiera Dios perdonarlos. Algunos aseguraban que aquel día los profetas desolados reprenderían a Jehová porque no llevaba a cabo sus amenazas. Éste es el pensamiento fundamental del Libro de Jonás.

El deseo del autor ha sido inculcar la idea de que no hay en el mundo más que un Dios, que es Jehová, Dios paternal para todas las criaturas, que se arrepiente cuando ha tomado resoluciones demasiado severas, perdona siempre al penitente y retira sus amenazas cuando éstas han logrado su objeto, que es la conversión del pecador. Supone que el antiguo profeta de Israel, Jonás, hijo de Amittai, recibe orden de Jehová para ir a predicar a Nínive. Nínive era, pues, capaz de convertirse, hecho que hubiera asombrado a un israelita antiguo, pero era perfectamente aceptable para un partidario de la escuela universalista. Convencido Jonás de lo contrario, y poco deseoso de salvar a los paganos, se encamina a Tarsis. Jehová le reprocha su falta y luego le salva con el milagro burlesco de la ballena que es muy conocido, y en el cual se mezcla indudablemente algo de ironía. Jehová, de todos modos, es hoy el Dios de todo el mundo, de tal modo que los marineros, convencidos de su poder, le invocan, le dan las gracias y le dirigen votos.

Más dócilmente, se dirige Jonás a Nínive, cumple su misión y anuncia a los ninivitas que dentro de cuarenta días será destruida su ciudad. Los habitantes, con el rey a la cabeza, se humillan. Incluso el ganado invoca a Jehová y participa en la humillación, ¡ayunando y vistiéndose de luto! Jehová perdona al ver que su amenaza, hecha solamente para inspirar miedo, ha logrado su efecto. Pero la situación resulta entonces de lo más curioso que se puede imaginar. Jonás se enfada y reconviene a Jehová, que lo ha comprometido para presumir luego de bondadoso. Jehová, con argumentos ingenuos y grandilocuentes, le hace comprender que debe mostrarse misericordioso con todas sus criaturas.

Esto respondía a las objeciones de muchos israelitas piadosos, asombrados de que no se cumplieran las antiguas profecías contra los paganos, especialmente contra Babilonia, y que llegaban a dudar de la veracidad de tales profecías. La destrucción de Babilonia no fue tan absoluta como habían esperado los fanáticos. Pronto veremos a los pietistas quejarse de la blandura de Jehová y creer que es ventajoso no servir a un Dios tan débil para sus enemigos. El autor de Jonás cree que el infiel que se convierte, por perverso que haya sido, alcanza su perdón. Jonás se lamenta de la muerte de una planta que le había refugiado, y Jehová le contesta que así como él se compadece de un vegetal que no ha creado ni hecho crecer, Dios se ha de compadecer de Nínive, gran ciudad con más de 120.000 habitantes (que no saben distinguir su mano derecha de la izquierda) y numerosos animales.

Sin lugar a dudas, entre los supervivientes del antiguo profetismo

hubo más de un Jonás, desconsolado porque Jehová le mandaba amenazas para perdonar después. El profeta siempre se pone de mal humor cuando sus oráculos no se cumplen. Una de las ridiculeces de Jonás es la de querer morir a cada paso. Si Jeremías hubiera visto el perdón de Babilonia, lo más probable es que quisiera también morirse. Ya empezaban a molestar estas jeremiadas, que no anunciaban más que desdichas, muertes y anatemas, después de lo cual las ciudades condenadas quedaban igual que antes.

Literariamente, el Libro de Jonás es único en la Biblia. Es una caricatura, cuyo pensamiento general puede ser serio, pero que trata en burlas los detalles. Se nota la imitación de las antiguas leyendas relativas a Elías y a Eliseo. El relato tiene poco desarrollo y es probable que muchos lectores, incluso en la antigüedad, se sonrieran al leer las desventuras del profeta, sus chascos y su despecho. Se acercaban con esto bastante a las intenciones del profeta. Aquel cántico en el vientre de la ballena compuesto con pizcas de salmos, y que no tiene relación alguna con el caso, aquella predicación a los ninivitas, casi cómica por su brevedad, aquel arrepentimiento de Jehová, imitado de antiguos relatos jehovahístas, aquel buen rey desconocido que se convierte en el acto, los animales que participan del ayuno, el desespero de Jonás por la muerte de una planta, son situaciones que no han podido tomarse en serio más que cuando los antiguos textos se interpretaban con un candor colosal.

Las suaves notas discordantes no evitaban que la corriente de opinión nacional se dibujara con energía. El servidor de Jehová invitaba con suavidad a los incrédulos a reunirse con el grupo de los santos que esperan, y poseen ya la felicidad. Establecióse la idea de que Jehová haría una selección, de que únicamente los buenos encontrarían su patria, de que los demás serían exterminados o desdichados. Probablemente muchos salmos debieran su existencia a este estado de perturbación de la conciencia israelita. Algunos de los fragmentos que más nos gustan fueron quizás obra del mismo anónimo que tuvo el honor de fijar los pensamientos más delicados, mejores y más duraderos de Israel. La posesión de la tierra se presenta como el bien supremo; las promesas de Jehová son concernientes a la tierra. No se aprovecharán de ellas más que los que vuelvan a la tierra.

Según parece los levitas fueron de los que más aconsejaron el regreso. Habían aumentado sus filas con numerosos extranjeros que, admitidos en la familia israelita como «servidores de Jehová», pronto fueron considerados como esclavos sagrados. Se les llamaba *nethinim* u oblatos. Muchos pobres se unían a esta congregación de personas humildes para tener con qué vivir. Acrecentábase así la masa piadosa y pobre en la cual se reclutaba el *anavismo*. La perspectiva de una existencia de holganza y de vivir a costa del altar, les sonreía más que una vida de trabajo en Babilonia. Una fundación religiosa únicamente es sólida cuando asegura la ociosidad de una clase de hombres. Lo que más defiende al islamismo son los *wakufs* y las fundaciones que mantienen la pereza de los softas. El jansenismo sólo existe en Utrecht, porque sólo allí se goza de una prebenda por ser jansenista.